

CAPITULO XLVII.

Ruiz continua explorando las costas del Sur.—Regresa en busca de Pizarro.—Penalidades que este y sus compañeros habian sufrido.—El gobernador de Panamá les niega su auxilio.—Decision de Pizarro y sus trece compañeros.—Prosiguen su viaje de exploracion.—Llegada á Tumbes.—Regreso á Panamá.—Inutilidad de sus esfuerzos para ordenar nueva expedición.—Marcha Pizarro á España.

Después del encuentro que acabamos de referir en el capítulo anterior, regresó Ruiz al punto en que quedara Pizarro, y por cierto que su llegada no pudo ser mas oportuna. Las enfermedades y las privaciones, las emanaciones de un suelo húmedo y pantanoso, los enormes reptiles y la pobreza del suelo, unidas á las asechanzas de los naturales que vigilaban incesantemente los movimientos de los españoles, habian disminuido de una manera notable el número de estos, hallándose los demás en el mas lastimoso estado.

Poco después de la llegada de Ruiz llegó tambien Almagro con abundancia de provisiones y sobre ochenta voluntarios, y con este refuerzo, y alentados con las nuevas que trajera el diestro piloto, pusieron en marcha inmediatamente en la direccion que aquel habia explorado.

Pasada la bahía de San Mateo, advirtieron todos las mismas señales de aquella civilizacion y de aquel grado de cultura de que ya hemos hecho mérito, viéndose multitud de poblaciones, á las cuales no les fue posible llegar por la actitud hostil en que se presentaron sus habitantes.

Intentaron un desembarque, y de tal manera se aprestaron á resistirlos los indios, que hubieron de desistir de su empeño, acordando, después de muchas discusiones, que de nuevo regresase Almagro á Panamá, quedándose Pizarro en el mejor punto de los que habian visitado hasta que llegasen refuerzos suficientes.

Con marcada repugnancia y con visible disgusto quedaron los compañeros de Pizarro, y como que los jefes les vigilaban tanto al objeto de que no pudiesen comunicar á los de Panamá los trabajos y privaciones que habian sufrido, uno de ellos discurrió el medio de introducir una carta dentro de un ovillo de aquella lana finísima de que hemos hablado, y que estaba destinado para regalo de la esposa del gobernador.

El resultado no se hizo esperar, no solamente se negó á Almagro el permiso para reunir nuevos expedicionarios, sino que el gobernador ordenó que fuese un buque inmediatamente á recoger á Pizarro y á los suyos.

Estos habian sufrido extraordinariamente en el lugar en que se hallaban, y únicamente Pizarro, merced á su energía y á su robustez, pudo librarse de la maléfica influencia de aquel país, que tan temible estaba siendo á sus compañeros.

Terrible desesperacion le causó á Pizarro la decision del gobernador, mas como quiera que por el mismo buque que venia por ellos, recibió cartas de Luque y de Almagro, en que le exhortaban á que no desmayase, concibió la resolucion mas extraordinaria que imaginarse puede.

Al verse próximo á ser abandonado sacó su puñal, y trazando una línea en la arena, de Este á Oeste, y volviéndose luego hácia el Sur, dijo: «Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser «pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escója el que fuere buen castellano lo que mas bien le estuviere.—Diciendo esto pasó él la raya; siguiéronle el valiente piloto Ruiz y luego Pedro de Candía, griego natural de aquella isla. Once mas cruzaron sucesivamente la raya, manifestando así que estaban dispuestos á seguir á todo trance á su jefe (1).»

Los nombres de estos trece valientes que figuraron después en la capitulacion hecha con la corona, son los siguientes: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candía, Domingo de Soria Luque, Nicolás de Rivera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, García de Jerez, Anton de Carrion, Alonso Briseño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

El piloto Ruiz marchó en el mismo buque que habia enviado el gobernador, cuyo capitán, llamado Tafur, consideró como vituperable desobediencia lo hecho por Pizarro y compañeros, afeándoles su proceder.

Siete meses permanecieron Pizarro y sus compañeros en el *Infierno*, como denominaron aquella isla, al cabo de los cuales llegó Ruiz que habia podido conseguir del gobernador un nuevo buque, con la condicion de que recogiese aquellos catorce valientes y regresase á Panamá en el término de seis meses.

Almagro y Luque apresuráronse á avituallar el buque, tanto de víveres como de armas y pertrechos, y embarcados en él los españoles dejándose en la isla dos de sus compañeros, que estaban gravemente enfermos, al cuidado de algunos indios amigos, dirigieron su rumbo hácia Tumbes en busca de aquel imperio, por el cual tantos sacrificios llevaban hechos ya.

Veinte dias después, doblando la punta de Santa Elena, el atrevido buque resbalaba tranquilamente por las aguas del golfo de Guayaquil, asombrando á los expedicionarios el cultivo de aquellos campos y la multitud de poblaciones que por do quiera se ofrecian á su vista.

Al aproximarse á Tumbes, encontráronse con una ciudad sumamente grande, cuyos edificios de tierra y cal no carecian de ciertas condiciones arquitectónicas, que se encontraba en el centro de una llanura perfectamente cultivada, y que estaba revelando de una

(1) Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, cap. IV.

manera elocuentísima la influencia de una civilizacion floreciente y poderosa.

Entabladas las relaciones con los naturales, merced á los indios que Ruiz habia recogido de la balsa que encontró en su anterior viaje, presto recibieron considerable cantidad de víveres, desembarcando en tierra algunos españoles, que al regresar al buque refirieron la admiracion de que habian sido objeto por parte de los naturales, así como tambien las maravillas que encerraba aquella poblacion, cuyos templos estaban cubiertos de planchas de oro, y en cuyas calles se veian tiendas donde trabajaban artistas de distintas clases.

«En aquel momento,—dice un historiador,—estaba por casualidad en Tumbes un noble indio, un *orejón*, que así como ya lo he dicho, llamaban los españoles á los individuos de esta clase con motivo de los disformes adornos de oro que llevaban en las orejas. Manifestó gran curiosidad por ver á los maravillosos extranjeros, y con este objeto fué á bordo. Fácil era conocer la superioridad de su rango por la mayor calidad de su traje, como igualmente por la deferencia con que le trataban los demás, y por consiguiente, los recibió Pizarro con la mayor consideracion. Enseñóle las diferentes partes del buque, explicándole el uso de todo lo que le llamaba la atencion, y respondiéndolo mejor que podia á sus numerosas preguntas por medio de los intérpretes indios. Lo que especialmente queria saber el jefe peruano, era de dónde y para qué habian venido Pizarro y los suyos á estas playas.

«El capitán español respondió que era vasallo de un gran príncipe, el mas poderoso del mundo, y que habia venido á este país para asegurar la legitima supremacia de su soberano en él. Además venia para salvar á los habitantes de las tinieblas de la incredulidad en que ahora vagaban á ciegas. Ellos adoraban un espíritu impuro que entregaria sus almas á la perdicion eterna; él les comunicaria el conocimiento del verdadero y único Dios Jesucristo, porque quien creia en El se salvaba eternamente.

«El príncipe indio escuchó todo esto con profunda atencion y aparente asombro, pero no respondió nada. Verdad es que ni él ni los intérpretes tenian ideas muy claras sobre las doctrinas que se les revelaban tan de repente. Quizás no creia que hubiese otro potentado en la tierra mas poderoso que el Inca; ninguno á lo menos que tuviese mas derecho que él á sus propios dominios, y tambien es muy posible que no estuviese dispuesto á confesar que el gran luminar á quien adoraban era inferior al Dios de los españoles. Pero sean cuales fueran las ideas que pasasen en aquel momento por el ánimo del peruano, no les dió expresion, sino que se encerró en un silencio discreto, sin tratar de refutar ó de convencer á su antagonista cristiano.

Al despedirse rogó cortesmente á los españoles que visitasen á Tumbes, y Pizarro al separarse le regaló, entre otras cosas, un hacha que le habia causado mucha admiracion, porque el uso del hierro, como ya hemos visto, era tan desconocido á los peruanos como á los mejicanos (1).»

Pizarro vió realizadas sus esperanzas, y tan pronto como hubo adquirido todas las noticias que necesitaba, y después de haber prometido á los de Tumbes que volveria en breve, prosiguió su viaje hácia el Sur, encontrando en todas las poblaciones de la costa la mejor acogida, víveres frescos y abundantes, y una sencillez y una bondad superiores á todo elogio.

Todos deseaban conocer á los *hijos del sol*, como les llamaban, y por donde quiera fue corroborando las noticias que ya tenia respecto á la existencia de aquel monarca poderoso, dueño de tan dilatado imperio.

De regreso á Panamá, después de haber llegado cerca de los nueve grados de latitud Sur, y de haber dejado en Tumbes algunos de sus soldados que voluntariamente quisieron quedarse, llevándose consigo á otros indios para que aprendiesen el español, cuando confiaba obtener favorable acogida y proteccion por parte del gobernador, quedó defraudado en sus esperanzas, puesto que aquel se negó á todo.

Entonces los tres socios, de comun acuerdo, decidieron que marchase Pizarro á España á pedir á la corona el amparo que necesitaba, toda vez que á nadie mas que á ella la interesaba, puesto que para ella habian de ser los beneficios de aquella tan colosal empresa.

Excusóse Pizarro, mas á su vez Almagro, manifestóle que él era el único que podia llevar á feliz término aquella negociacion, y que todos confiaban en su probidad.

Reunidos 1,500 pesos de oro, al objeto de que Pizarro pudiera presentarse de una manera conveniente en la corte, en la primavera de 1528, salió de Panamá acompañado por Pedro de Candía, llevándose algunos indigenas, dos ó tres llamas, varios de aquellos primorosos tejidos y muchos adornos de oro y plata, de los recogidos en sus viajes.

Precisamente coincidió con su llegada á España la de Cortés, quien, como dijimos en uno de nuestros anteriores capítulos, habíase visto precisado á marchar á la corte.

(1) Prescott, *Historia de la conquista del Perú*, cap. IV.



CONVENIO DE PIZARRO, ALMAGRO Y HERNANDO DE LUQUE.

CAPITULO XLVIII.

Regresa Cortés á Méjico.—Capitulacion hecha entre la corona y Pizarro.—Vuelve este á América.—Descontento de Almagro.—Luque consigue reconciliar á los dos amigos.—Llegada á Tumbes.—Combates con los indigenas.

Cortés consiguió desvanecer todas las prevenciones que respecto á él podian existir, y regresó al teatro de sus conquistas, en 1530, donde uno de sus primeros actos fue el de casar á las hijas de Moteczuma con nobles españoles, señalándoles grandes estados para que pudieran mantenerse con el decoro que á su rango correspondia.

Sin embargo, no por haber venido Cortés á España consiguió vencer las rivalidades, los recelos y las ruines envidias de sus émulos y compañeros en el gobierno, que siempre ha sido achaque de los varones eminentes tener detractores de su fama y mezquinos enemigos de su gloria.

A pesar de todos estos obstáculos, Nuño de Guzman descubrió por aquel tiempo la region que llevó el nombre de Nueva Galicia; Pedro de Heredia fundó á Cartagena de Indias, y el mismo Hernan Cortés, en uno de sus postreros viajes, descubrió la gran provincia de California, reconociendo al par el golfo que la separaba de Nueva España, cuyo acontecimiento tuvo lugar en 1536.

Peró de tal modo las rivalidades y las intrigas rastreras y mezquinas se agitaban en Méjico y trascendian á la corte de España, que Hernan Cortés decidió regresar á la Península nuevamente, y lo verificó en 1539.

Entre tanto Pizarro, que al llegar á España habia sido preso por uno de sus acreedores de Panamá, consiguió ser puesto en libertad por el Emperador, y recibido por este, no pudieron menos de excitar un gran interés las noticias de sus descubrimientos y las muestras que acompañaba de todo lo encontrado en los países descubiertos.

Como quiera que Carlos tuviese que salir de España, dejó encomendada la solucion de aquel asunto á la Emperatriz, y á vuelta de aquellas dilaciones que hacian tan enojoso el despacho de los negocios en Castilla, verificóse la capitulacion entre la corona y Pizarro en 26 de julio de 1529, en virtud de la cual se le aseguraba á este el derecho de descubrimiento y conquista de la provincia del Perú ó Nueva Castilla, como se la llamaba, hasta la distancia de doscientas leguas al Sur de Santiago.

Igualmente se le conferia el título y dignidad de gobernador, capitán general de la provincia, adelantado y alguacil mayor para toda su vida, con un sueldo de 725 maravedís, concediéndole al mismo tiempo el derecho de construir algunas fortalezas con el mando absoluto de ellas.

A su compañero Almagro, se le llamaba comandante de la fuerza de Tumbes con la renta anual de 300,000 maravedís, concediéndole además el rango y los privilegios de hidalguía.

Al P. Luque dábale por recompensa el obispado de Tumbes, declarándosele protector de los indios del Perú.

Los trece compañeros de Pizarro, de quienes hemos hablado en otro lugar, todos recibieron recompensa, siendo creados hidalgos y caballeros, y confiriéndoles además cierto rango municipal.

Reunida la gente que pudo Pizarro reclutar para la prosecucion de su empresa, uniéronsele sus hermanos, Francisco Martin Alcántara, que lo era por parte de madre, y Gonzalo, Juan y Hernando, que lo eran por parte de padre.

Al llegar á Panamá, mostróse Almagro sumamente resentido porque Pizarro hubiese obtenido para sí el gobierno de aquellas regiones, produciéndose con este motivo sérios altercados que hubieran podido tener fatales consecuencias para la suerte futura de aquellas conquistas á no haber sido por la oportuna intervencion de Luque y del licenciado Espinosa, verdadera alma de todo aquel negocio, puesto que, segun se desprende de los documentos de la época, la mayor parte del dinero empleado en aquella empresa pertenecía á este, figurando Luque como la persona en cuyo poder estaban depositadas aquellas cantidades.

Pizarro prometió no pedir al Rey para sí ni para sus hermanos gracia alguna hasta obtener para Almagro un gobierno igual, y merced á esta promesa y á aquellos esfuerzos, verificóse la conciliacion, y nuevo convenio, embarcándose Pizarro en el mes de enero de 1598 en tres buques, llevando consigo ciento ochenta infantes y noventa y siete caballos.

Almagro quedóse en Panamá para ver de allegar nuevos recursos, y Pizarro dirigió el rumbo hácia Tumbes, de donde tan buenos recuerdos conservaba.

Desgraciadamente la inclemencia del tiempo frustró por completo sus planes. Los vientos contrarios obligáronle á desembarcar y á seguir por tierra su viaje á lo largo de la costa, siendo su marcha sumamente penosa.

Después de muchos azares y contrariedades, consiguieron llegar á una poblacion, de la que se apoderaron en medio del espanto de sus habitantes, consiguiendo hacerse dueños de una cantidad considerable de oro y piedras preciosas. Reunióse todo el botin, y deduciéndose para él la quinta parte, repartió el resto en la proporcion establecida entre los oficiales y soldados de su hueste, enviando á Panamá una gran cantidad de oro, al objeto de que sirviese de cebo para atraerse nuevos reclutas, y tras algunos días de descanso, prosiguió su marcha.

Horribles sufrimientos se desencadenaron sobre el pequeño ejército durante aquellos días. A las fatigas y penalidades consiguién-

tes al viaje por aquellas regiones, unióse una epidemia, que hiriendo lo mismo al indígena que al blanco, causó pérdidas muy sensibles entre los soldados de Pizarro.

Durante este viaje, reuniéronse á Pizarro algunos refuerzos, llegando con ellos al golfo de Guayaquil, frente á la pequeña isla de Puná, á no muy larga distancia de Tumbes.

Juzgó Pizarro que las disposiciones de los indios les serian favorables, pero presto sus intérpretes le aconsejaron que se pusiese muy en guardia, descubriéndole mas tarde una reunion que iban á tener los principales jefes de la tribu de Puná al objeto de deshacerse de los españoles.

Pizarro hizo cercar por sus soldados el lugar donde aquellos se reunian, se apoderó de ellos y los entregó á los enviados de Tumbes, que precisamente llegarán á su campo por aquellos días, y que eran enemigos de los de Puná.

La muerte que los de Tumbes dieron á aquellos jefes exasperó á los naturales de aquella isla, los cuales, lanzando gritos de venganza, arrojáronse sobre los españoles.

Estos consiguieron la victoria, merced á la superioridad de sus armas y de su disciplina, pero costóles la vida de algunos soldados, quedando muchos heridos, entre ellos el mismo Hernando Pizarro, hermano del general.

Mas no bastó la ruda leccion que á pesar de todo recibieron los isleños de Puná; siempre celando á sus contrarios, apercebidos siempre para la pelea, atacaban incesantemente al campamento enemigo, aprovechándose de cualquier descuido y destrozando cuantas partidas sueltas lograban sorprender.

En este estado fue de gran consuelo á Pizarro la llegada de dos buques procedentes de Panamá, en los cuales llegaron cien voluntarios bajo el mando de Fernando de Soto, llevando además varios caballos, víveres y pertrechos de guerra.

Con semejante refuerzo aventuróse Pizarro á internarse por aquel vasto imperio, al objeto de aprovecharse de la guerra civil, que á la sazón estaban sosteniendo los dos hijos de Huana Capac, entre los que habia este dividido sus estados.

Atahualpa habia conseguido vencer á su hermano Huascar apoderándose de sus dominios, y la guerra sosteniase con encarnizamiento en aquellas provincias, donde mayores simpatías disfrutaba el monarca vencido.

Pizarro comprendió el partido que de esto podia sacar, y determinó emprender su marcha hácia Tumbes.

Como la distancia que separaba esta poblacion de la isla de Puná era corta, hizose la travesía por los bosques, no sin que los insulares fueran persiguiéndoles, apoderándose de algunos españoles y degollándolos en seguida.

Extraordinario fue el asombro que causó á Pizarro la manera con que trataban á sus tropas los de Tumbes, máxime recordando el recibimiento que en otra ocasion habia tenido, pero debe tenerse en cuenta la conducta seguida por los españoles en esta expedicion; que habian llegado á los oídos de aquellos los excesos que cometieran, y que al cariño y á la veneracion primitiva habia sucedido el terror y la desconfianza.

La ciudad estaba desierta, y á excepcion de unos pocos edificios, convertida en ruinas.

Fácilmente se comprende el desaliento que se apoderaria de aquellos aventureros, ávidos de botin, y á cuyos oídos habia llegado la fama de aquella ciudad, al encontrarla desierta, arruinada, y sin un solo objeto de aquel metal tan codiciado.

Manifestóse el descontento de una manera tal, que Pizarro comprendió que no podia permanecer mas en aquel punto sin exponerse á que la ociosidad aumentase el disgusto de su gente, y dirigió su marcha hácia el interior, dejando una pequeña parte de su fuerza en Tumbes.

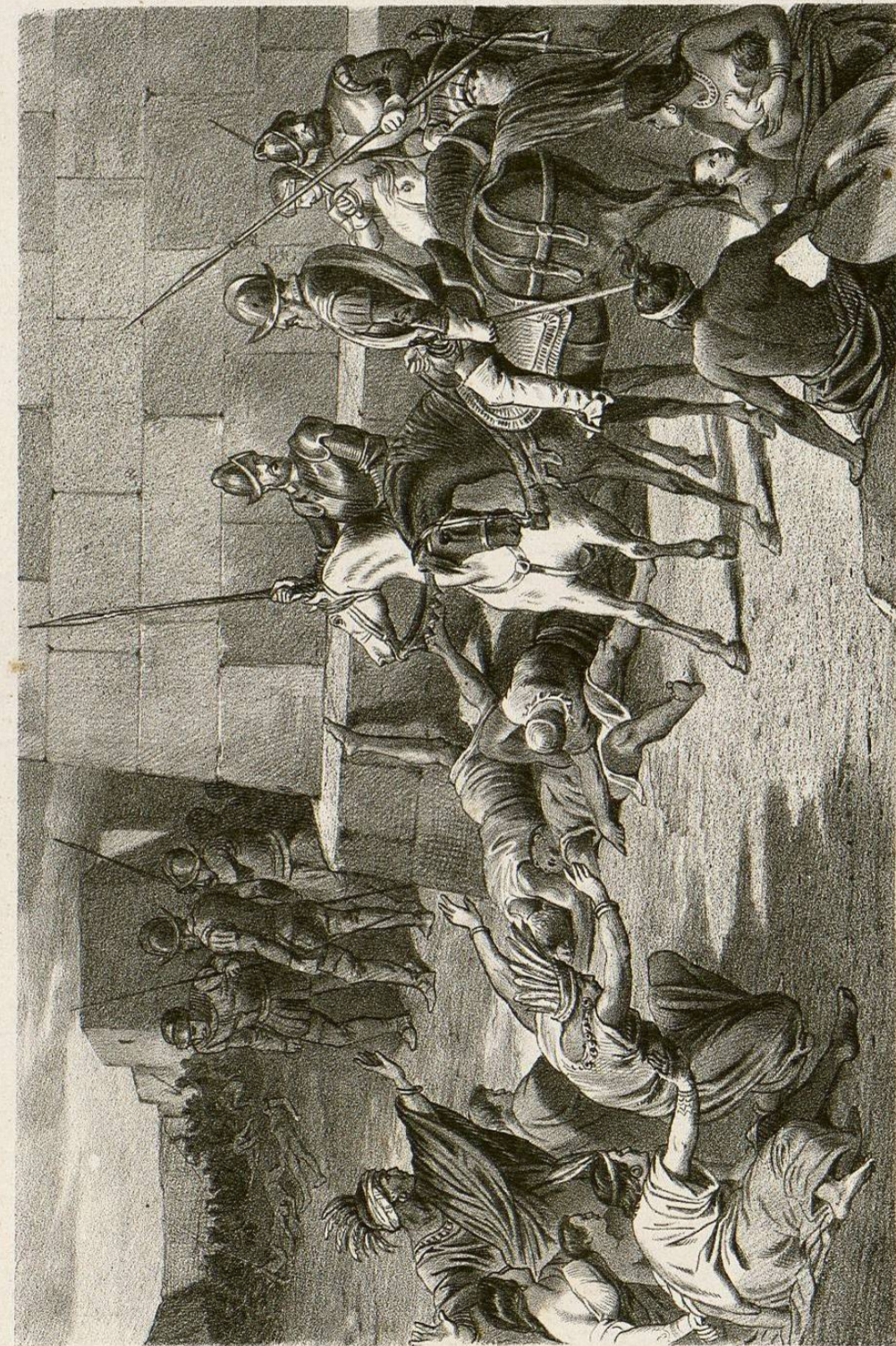
Durante algunas semanas, el pequeño ejército, siguiendo una conducta diametralmente opuesta á la anterior, encontró en todas las poblaciones que hallaba á su paso la mas cordial acogida, y en el valle de Tanganala fundó la primera ciudad, á que dió el nombre de San Miguel, en memoria de haber ganado en semejante dia la victoria sobre los isleños de Puná.

Mandó fundir todos los objetos de oro y plata que habia recogido en el país, y después de separar la parte de la corona, envió el resto á Panamá, al objeto de pagar las deudas atrasadas, y de infundir aliento para que acudiesen nuevos expedicionarios.

Durante este viaje, supo el éxito de la lucha sostenida entre los dos hermanos, y que Huascar habia quedado prisionero de su hermano Atahualpa, encontrándose este acampado con su ejército á una distancia de diez ó doce dias de San Miguel.

Pizarro hubiera deseado recibir algun refuerzo, mas viendo que este no llegaba, marchó al encuentro del Inca Atahualpa, no llegando su ejército á doscientos hombres, puesto que tuvo que dejar cincuenta en la pequeña colonia de San Miguel.

El 24 de setiembre de 1572 púsose en marcha, atravesando un terreno en el cual se advertian mucho mas que en cuanto hasta entonces cruzara, las huellas de aquella civilizacion que hemos tenido ocasion de admirar en distintas ocasiones.



UT. VIDALCAMA, ES.

J. SERRA, LT.

PRISION DE ATAHUALPA.